

Quiero comenzar mis palabras expresando mis sinceros agradecimientos. Ante todo quiero reconocer el decisivo apoyo de la Fundación Mariano Rodríguez y a su presidente Alejandro Rodríguez por esta maravillosa oportunidad que me ha concedido de reunir, en el libro que hoy presentamos, mi trabajo de casi 40 años en el Museo Nacional de Bellas Artes. Del trabajo admirable que ha realizado Alejandro Rodríguez a favor de la cultura cubana desde hace más de diez años será imprescindible hablar extensamente en algún momento. Hoy basta con señalar que algunos de los mejores libros sobre la plástica cubana de la pasada década han sido promocionados por su talento y energía inagotable. Quiero extender igualmente mi profundo reconocimiento a todos los patrocinadores del proyecto sin los cuales nunca este libro hubiera visto la luz.

Una inmensa gratitud a Beatriz Gago, editora de esta publicación. Le doy las gracias sobre todo por su fe en mí y en los textos que le entregué sin tener una idea precisa de su organización, estructura o incluso de su real importancia transcurrido el tiempo de su primera publicación. Con inteligencia y paciencia logró darle forma a este libro, encontrar las pautas que permitieran llevarlo adelante. Me siento profundamente satisfecho con el resultado final, satisfacción que comparto en plano de absoluta igualdad con Beatriz por el excelente trabajo realizado. Asimismo, reconozco el apoyo permanente del Museo Nacional de Bellas Artes durante los dos largos años que duraron las labores editoriales y que a mí me parecieron interminables.

Ya he dicho con anterioridad que un libro de arte es, sobre todo, visualidad. Y Arnulfo Espinosa ha concretado con su singular destreza las ideas de Beatriz Gago y las mías, a la par que aportaba las suyas propias. No fue un libro fácil de trabajar, requirió mucho de su paciencia, talento y esfuerzo personal y le doy las más expresivas gracias por la excelencia de su diseño. En esta misma dirección deseo expresar mi gratitud a todos los fotógrafos que intervinieron en el proyecto. Su labor fue imprescindible para el éxito del libro. Cada uno dio lo mejor de sí. Gracias a todos.

Este libro tiene una dedicatoria que sentí como una imprescindible necesidad y que tomo la licencia de leerles: “A los curadores de colecciones que trabajan abnegada y silenciosamente en los museos y que dedican su vida a la salvaguarda del patrimonio cultural de la nación cubana”. Esta profesión que hemos abrazado requiere tanta dedicación

y entrega que no alcanza una vida para cumplirla a cabalidad; es imprescindible alentar y adiestrar el relevo, pues este es un perfil profesional que se basa en la continuidad, la permanencia y la dinámica progresiva del conocimiento.

Sobre la magia que encierra un museo como el de Bellas Artes de La Habana o cualquier otro de carácter similar, vale mencionar las palabras de uno de los intelectuales más ilustres de nuestra cultura, Jorge Mañach, quien con clarividencia afirmó: “En un museo, como en una iglesia, se siente la presencia de algo que está por encima de la pequeña común medida de los hombres”. Sin dudas, Mañach se refería a la función del museo como templo dedicado a la contemplación de las obras cimeras de nuestra historia, pero el museo es también mucho más: es un sitio para realizar exploraciones, hacer preguntas y tener respuestas; por tal motivo puede también funcionar como un laboratorio para investigar ciertas ideas y problemas que enfrentamos como historiadores de arte, sociólogos, críticos o curadores.

En este momento quiero mencionar la importancia capital de la eticidad en el trabajo del curador. Para ello quiero recordar las palabras iluminadoras de uno de los críticos de arte y curadores que más admiro, mi amigo Orlando Hernández, cuando advierte “Los curadores y críticos de arte muy a menudo manipulamos intencionalmente las cosas de forma tal que terminamos por construir desde fuera la obra de los artistas, sobredimensionando algunos aspectos y restando interés o importancia a otros”. Seamos decentes colegas, no engañemos al público ni traicionemos la historia. Al fin de cuentas ella siempre juzgará nuestras acciones.

Mis respetos para la Universidad de La Habana. Agradecido me siento por la excelencia de mis profesores; pero el por ciento mayor del conocimiento que hoy tengo se lo debo a las enseñanzas recibidas por un grupo de magníficos especialistas de primer orden, cuya maestría y sabiduría han tenido un pálido reconocimiento en el transcurso de los años.

En tal sentido, deseo destacar por sus nombres a la inolvidable María del Carmen Rippe, con la cual comencé a trabajar en mis inicios los grabados de los siglos XVII al XIX en la colección de arte europeo; a Ramón Vázquez Díaz, máxima expresión del rigor que debe poseer un curador de colecciones y un maestro insuperable; a la inmensa Olga López

Núñez, siempre sonriente y amable, quien me adentró en los conocimientos del arte colonial. Sobre otros colegas con los cuales no tuve el privilegio de trabajar de manera tan cercana, su ejemplo y erudición me sirvieron de inspiración; en tal sentido recuerdo con profundo afecto a mis amigos Ernesto Cardet Villegas y Miguel Luis Núñez Gutiérrez; el primero con un conocimiento enciclopédico sobre expresiones artísticas tan disímiles como muebles, lámparas, joyería, pintura, escultura, en fin, era una auténtica fuente viva de conocimiento. En el caso de Núñez, su comprensión de la pintura norteamericana, inglesa y de la europea en general, era motivo de admiración para todos, dentro y fuera del museo.

¿Cuál ha sido mi principal descubrimiento en el trabajo cotidiano en el Museo Nacional? Que la obra de arte es el principal documento para legitimar la historia no sólo de un artista sino de una época. De ahí que los textos que encontrarán en este libro han sido elaborados a partir de mi mayor o menor conocimiento de la obra de arte en sí misma y del contexto en que fue concebida. Sin olvidar que el museo genera su propia narrativa, lo cual permite a los curadores de colecciones reescribir la historia de los artistas y sus obras de una manera diferente a las visiones académicas de otras instituciones educativas del país.

El libro que les presento no pretende en absoluto emitir la última palabra. Es simplemente un punto de partida más para que otros investigadores continúen por este camino como vía de superación. Porque eso espero de la juventud, la capacidad de superar lo ya establecido. Las jóvenes curadoras presentes en nuestro museo como Laura Arañó Arencibia, Daylin Fernández Hidalgo de Velasco y Yahima Rodríguez Pupo nos dan la certeza que el futuro será promisorio.

Gracias a todos mis compañeros que me han acompañado en esta extraordinaria aventura. Me siento orgulloso de ser contemporáneo de curadores que tanto admiro como Manuel Crespo y Corina Matamoros. De ellos también he aprendido en la práctica cotidiana del oficio.

Finalmente doy gracias a mi esposa Xiomara, por la paciencia infinita y su apoyo firme en los momentos de incertidumbre. Sin ella no lo hubiera logrado.

Roberto Cobas Amate